

1995

"¿Un cafecito?", introducción de *Historias del Café*, con motivo de la inauguración de la cafetería del IAGO, *Voz e Imagen de Oaxaca*, septiembre.

Noticias

16 de septiembre de 1995

Noticias cultural, p. 4

Tomado de *Historias del Café*

¿Un cafecito?

Elisa Ramírez Castañeda. Ilustración: Francisco Toledo

"Néctar negro de los sueños blancos", decía Acuña —en las memorias de Juan de Dios Peza—; "Guerrero árabe que corre su pólvora incierta" —lo llamaba Reyes, según cuenta Taibo. Y recurro, como ellos, a la voz de otros. Sin embargo, debo confesar que mi primer pensamiento en las mañanas —sea tras la rebeldía ante el tañer del despertador, por fin natural del sueño o por otra causa cualquiera— no se encamina (terrible desapego y herejía) ni a Dios ni a mi amado, sino a la cocina: tras un olor de café o su recuerdo o su deseo. Con frecuencia una taza de café me acompaña por las noches a la cama para cerrar una retahíla de varios cafés a lo largo de los días. Entre papeles, libros y pláticas, a solas o acompañada siempre fue fiel y estuvo al alcance de mi mano, en los dos últimos tercios de mi vida. No bien dejé de brincar en la reata

*Té, chocolate, café,
hojas y hojas y nada de té*

comencé a consumirlo. Proyectos, idilios, intimidades, correspondencias, pleitos, chismes y decisiones fundamentales —también triviales— lo tuvieron enfrente: no requiere ni seriedad, ni profundidad, ni circunstancia alguna: es

democrático y desprejuiciado. En toda casa visitada, en las más diversas cafeterías, los parlamentos eran interrumpidos o escuchados desde largos tragos. Las más serias elucubraciones surgían detrás de una pregunta obligada y primera: ¿exprés, capuchino, americano?

Hay días y momentos para todo, hay lugares específicos para algunos: de cortado, de aguado de oficina, de cafecito de olla, de exprés doble, de café con crema, con piquete, con leche — con una, por favor.

Más de cafetería que de cafetal, me inclino sobre la vertiente anecdótica y no sobre la económica. Sé que el café es asunto importante en las negociaciones internacionales, en la balanza comercial, en complejas políticas; aquí lo considero como el elemento líquido sobre el cual fluye la maquinaria de la socialidad que habla, piensa (y disuelve pudores, tics, y medios tonos) con un café en la mano. Y aun no sabría decir si el entusiasmo acicatea a la cafeína o si el fervor de los encuentros es directamente proporcional a las propiedades estimulantes del brebaje.

En los cafés nacen grupos bohemios, afinidades extrañas, reuniones, conspiraciones y ligues: en el París fueron los Contemporáneos; en el de Nadie, los Estridentistas; en Lady Baltimore, los adeptos de Antonieta Rivas Mercado; en el Sanborn's de Niza y Aguascalientes (sobre todo) encontramos al Vampiro de la Colonia Roma y en los Vip's, borrachos y crudos de madrugada que han encontrado en el plástico naranja de sus inhóspitos e higiénicos asientos el único sustituto posible, en la ciudad de hoy, a los antiguos caldos de Indianilla.

Los cafés de CU —de su breve existencia y de las carreras de Tacho en el de Políticas dependieron nuestras filiaciones y destino—, Gandhi y El Parnaso para los que en aquellos tiempos fueron universitarios; el Brasil, que muestra su tostador a

los transeúntes de la calle de Donceles; el Sanborn's del Palacio de Hierro o el Viena con pastas y novio, El Coyote Flaco de nuestra esnobería adolescente y sus largos suéteres negros; el exprés, parados, en Aguayo —y la consabida nata que vendían en el café de chinos de Álvaro Obregón y Oaxaca. Esta cultura citadina y cafetera me ha hecho llegar hasta portales de zócalos de distintos lares —o pararme a un buchito a las puertas de algún restaurante universitario en Cuba. Y de tales preferencias salen las pláticas de café, los chismes de café, los marxistas y especuladores de café; los mil y un cafés.

Como en Leduc, la primera pregunta fue: ¿caracolillo o planchuela? Y acuden las olorosas y tibias memorias de bolsas amarillas compradas en Do Brasil, Teka, Villarías de López y las bellas latas rojas y negras del Bola de Oro, regalo obligado de quienes vienen de Córdoba. O tal vez los cafés: Habana y sus refugiados, el Tirol y los hijos de aquéllos, las cafeteritas de níquel con tapadera de los Sanborn's, los vasos gruesos de café con leche mañanero. Y el café de los velorios, los de después de comida —tan rara vez en salón— los tres hervores del turco, el de calcetín. El tan cargado que parece para picado de alacrán; el que dulce, aguado y tibio, parece de pueblo; el ¿agua o leche para su Nescafé?

Las historias del café se fueron armando poco a poco, a sombra de muchas tazas del oscuro líquido. Concurrieron escritores y viajeros, antropólogos y poetas. Particularmente útiles para esta antología fueron la "Bibliografía y hemerografía del café" de Carrasco Puente, el número de *Artes de México* dedicado al café y libro *Cocina mexicana o historia gastronómica de la ciudad de México* de Salvador Novo.

Las primeras menciones de cafés, cafetales y paisaje, poco abundantes, arrancan del siglo pasado. A don Jaime Salvat

corresponde la primera referencia fidedigna —si bien se ha llegado a especular sobre una especie nativa de café previa a su importación europea.

Sobre su cultura y cultivo entre los indios mexicanos trata el segundo apartado: triques, mixes, mazatecos. Chiapas, Hidalgo, Cuetzalan y el Soconusco; Hacienda de Puga en Nayarit, y Cafetal Real de Comala. La mano de obra artesanal, por un lado, y la complejidad del mercado internacional, por el otro, son partes de un proceso que poco saben del polo inverso o logran siquiera vislumbrarlo, tan distantes y diferentes son uno del otro.

Las cafeterías son un microcosmos; las descripciones que tenemos de estos lugares —a partir del siglo XIX— hablan no solamente de los recintos, sino de la sociedad que a ellos concurre; de tal suerte, críticas y posiciones son definidas a partir de una recreación que, viva y atractiva, es una alegoría y un retrato de costumbres a la vez. Tal cual se producen, modernizando solamente la ortografía cuando el caso lo amerita.

No requiere explicación alguna la reunión de textos literarios donde se menciona al café:

Y sólo tú me gustas Tarumba,
que quieres café y que llueva

dice Sabines, y nos basta su gusto por los tres.

Tal vez sea necesaria, sí, una aclaración sobre la sección final, donde hemos reunido noticias curiosas acerca de las propiedades, aplicaciones o creencias aledañas a la infusión que nos ocupa. Sólo aquí se incluyen textos extranjeros, pero siempre publicados en nuestro país.

Las imágenes incluyen visiones diferentes de un tema único: reuniones, tazas, cafeteras y cocinas se unen a fotos viejas

de haciendas, cafetales y beneficios. Reunimos aquí fotos que sobre el tema hallamos en el Fondo Gráfico de los Archivos Generales de la Nación, y algunas más de otros archivos. Dice el dicho que "café hervido, café perdido": no digamos más. Si con la borra se pueden fertilizar los asientos y en el chancaste se puede adivinar la suerte, también es cierto el refrán:

Ni amor de segunda pasada ni taza de café recalentada.

Prologo al libro Historias del cafe (textos e imágenes) SARH e Instituto Mexicano del Cafe.

Hoy a las 19:00 hrs. se inaugura el café del IAGO (Instituto de Artes Gráficas de Oaxaca). Participarán én el festejo las trovas costeñas de: CHANTA VIELMA, Erick Urrutia y Alelí. ENTRADA LIBRE. Macedonio Alcalá 507 (andador turístico).